

Piezas que no encajan

Por Robert Saladrigas

La Vanguardia | 2005

El conocimiento se remonta a dos espléndidas películas de François Truffaut, *Jules y Jim* y *Las dos inglesas y el amor*, ésta, de 1971, para mí una obra maestra protagonizada por su actor estandarte, Jean-Pierre Léaud, de una exquisita contención pero afinando la gama de ambigüedades de su personaje. Las dos inglesas del filme, Anne y Muriel Brown, parecían inspiradas en las vidas lustrales de las hermanas Brontë: la puritana y dubitativa Muriel se correspondería con Emily, y Anna, más terrenal y liberada de ataduras, tendría como modelo a Charlotte, inmersas en la plasticidad tonal de Cézanne. Pues bien, el autor de las obras literarias que Truffaut adaptó al lenguaje cinematográfico era Henri Pierre Roché (1879-1959), un francés versátil, marchante y teórico de arte, coleccionista amigo de Duchamp, Picasso, Cocteau, Apollinaire, Picabia, periodista, viajero insaciable, amante compulsivo, inteligente, sensible y sociable que en 1953, a los 74 años, publicó su primera novela *Jules et Jim* y, dado el éxito, se animó a escribir la segunda y última, *Les deux anglaises et le continent* (1956), donde reconstruye la historia de amor triangular que vivió en su juventud con dos hermanas británicas. Antoni Marí explica muy bien en el prólogo qué significó Roché en el París de las vanguardias artísticas, así como los procedimientos de su brevísima pero subyugante obra literaria.

Lo más impresionante de *Dos inglesas y el amor* es el tono, la severa exactitud, la asombrosa naturalidad con que describe sin una palabra de más - Truffaut decía haberse enamorado de "la rapidez de sus frases, su sequedad aparente y la precisión de sus imágenes"- las honduras de los sentimientos embravecidos de un trío de jóvenes en los años iniciales del siglo XX. Y, junto a eso, la forma original de estructurar el relato cruzando los diarios íntimos de Muriel y Claude y las cartas que se intercambian los tres desde que comienzan la amistad en 1901 hasta 1927, cuando las vidas de cada uno de ellos ha encontrado su cauce. Sin excesos en las palabras - apenas hay adjetivos- ni en la escrupulosa construcción del relato a tres bandas, uno asiste al correr del tiempo que suma experiencias, recuerdos, encuentros y separaciones, cambios de rumbo, recelos, instantes de euforia y de profunda confusión, avances y retrocesos en la trama amorosa, personas y lugares cargados de densidad que van urdiendo una historia deslindada de las pautas sociales de la época, incorrecta pero humana y como tal convincente que exuda sensualidad por todos sus poros. Una lectura moral del amor, de la que sin embargo Roché cobra distancia emocional al decidir contarla desde las respectivas subjetividades de los protagonistas, de manera que llega al lector, un observador en suspenso, a través de los tres puntos de vista que con sus propias verdades conforman el triángulo. Creo que no sería absurdo, sobre todo tratándose de un experto en arte contemporáneo como lo fue Roché, hablar aquí de una admirable narración cubista distinta, no obstante, de la escritura asimismo cubista que desarrolló obsesivamente Gertrude Stein en su obra literaria.

El relato podría simplificarse así: el adolescente Claude que acaba de sufrir un pequeño accidente, hijo de viuda que mantiene una ambigua relación con su madre, conoce a Anne, una joven inglesa sin trabas morales que está en París porque quiere ser escultora; Claude es invitado a pasar una temporada de convalecencia en Inglaterra donde encuentra a Muriel, la hermana mayor de Anne, una chica vulnerable, puritana, onanista, delicada, reflexiva, de la que se enamora y a la cual pide en matrimonio pero la madre posesiva de Claude se opone y plantea que aplacen el compromiso un año y decidan; entretanto Claude empieza una relación física con Anne, pero la joven vital no busca la estabilidad en un amor exclusivo que recorte su libertad y así, aunque en cierto momento

Claude crea amar a las dos hermanas a la vez, comprobará que el territorio de los sentimientos no se rige por las leyes de la matemática, que las piezas no encajan como uno desearía, que la felicidad soñada es inalcanzable cuando entran en juego los prejuicios morales, los celos, la inmadurez, los egoísmos personales y ajenos que no sólo no rescatan al individuo de la soledad sino que la hacen más honda y dañosa.

Con tales mimbres nada complacientes Roché - su larga experiencia galante no le libró de envejecer a solas con sus recuerdos-, que conocía muy bien la perplejidad, la decepción y el dolor que suelen acompañar las pasiones amorosas excepcionales, confeccionó una cesta literaria que como mínimo considero deliciosa tras leerla ahora, al cabo de medio siglo de su aparición y aunque encuadre sus criaturas en el marco de una sociedad lejana y extinta. Pienso que la clave de la vigencia del texto radica por una parte en la magistral indagación de la naturaleza de los personajes y por tanto en lo que tiene de inmarcesible el comportamiento humano frente a los estímulos sentimentales; y por la otra en la innovadora estructura narrativa que, como es natural, precisa de un lector inteligente, es decir, de un lector que participe activamente en la exploración de los intersticios de las vidas poliédricas que Roché construye sin obviar sus ambigüedades. Es maravilloso ver cómo aborda el vicio inconfesable de Muriel, las pulsiones eróticas que acosan a los jóvenes, sus estrenos sexuales -Claude con la española Pilar en Burgos-, el turbador liberalismo de Anne, recurriendo siempre a la elipsis con imágenes sugerentes y palabras medidas. Todo así cobra una sorprendente claridad y limpieza, incluso aquello que no se nombra. Es, creo, un ejemplo de la sabiduría hecha literatura.